

La situación sanitaria global impuesta por el covid ha situado a la SI en una encrucijada, uno de esos momentos decisivos que marcan el desarrollo histórico de las naciones durante generaciones, por lo que la incertidumbre sobre el futuro de las RRII es mayor que nunca.

Las consecuencias de la pandemia, muchas de las cuales aún desconocemos, han revelado fragilidades estructurales del sistema internacional que no se conocían o tan sólo se intuían. El sistema de interdependencia económica se ha visto seriamente afectado, especialmente las cadenas de valor añadido, dando lugar a un cuestionamiento de los modelos productivos globales, que presenta diferentes salidas. Por un lado, hay quienes abogan por una involución en el proceso globalizador de la interdependencia y buscan la protección de la producción doméstica, y por otro hay quienes razonan que el problema no es la interdependencia económica, si no el cómo ésta ha sido configurada, por lo que apoyan una diversificación y refuerzo de las redes de interdependencia de producción y consumo.

Los movimientos anti-globalizadores han encontrado un apoyo firme en las corrientes nacionalistas que ya estaban cogiendo fuerza antes de la pandemia, y que resentían los procesos de deslocalización. La crisis sanitaria y global ha supuesto una aceleración de los movimientos nacionalistas, como se ha podido observar en todos los continentes. En Europa, por ejemplo, los partidos nacionalistas han ganado una fuerza casi sin precedentes, como evidencian las posturas políticas de los candidatos a las cercanas elecciones presidenciales en Francia, la deriva nacional-autoritaria del este de Europa o el creciente apoyo popular a los grupos nacionalistas en la Península Ibérica.

Otra corriente de creciente preocupación ha sido la deriva autoritaria de gobiernos perfectamente democráticos escudados en la protección de la salud pública. En el contexto de una crisis sanitaria sin precedentes por su dimensión global, se han recortado las libertades de los ciudadanos de manera drástica, si bien, en las naciones democráticas, ha sido un sacrificio consentido y aceptado por su carácter necesario, pero especialmente, temporal. Una parte crítica de la política (doméstica e internacional) será el proceso de recuperación de estas libertades básicas, así como la calidad y condiciones en que se recupere el acceso a servicios básicos. En países en los que los gobiernos cuentan con mayor poder y control sobre la población, tales como China, Rusia, y otros países orientales, las medidas férreas han servido para acrecentar aún más el control y vigilancia estrictos sobre los ciudadanos.

El nacionalismo también ha marcado la política del este de Europa, ahora amenazada por la estrategia desestabilizadora de Putin y los conflictos migratorios en las fronteras de Polonia, Ucrania y Bielorrusia. Los temores de una nueva confrontación con Rusia prometen tensar aún más la relación entre los miembros de la OTAN, a los que Estados Unidos acusa de no hacer su parte en cuanto al gasto militar y de defensa. Evitar la injerencia rusa en una Europa del este que se desmarca de la Unión Europea y la desafía, mientras se trata de mantener el equilibrio diplomático con otras fuerzas externas de gran calado como China, cuya reputación en los países no comunitarios ha mejorado considerablemente gracias al apoyo logístico y de materiales para la pandemia, va a requerir una agilidad y delicadeza diplomática sin precedentes.

Esta presión aparece además en un momento en el que euroescepticismo parece coger fuerzas no solo a través de los nacionalismos anti globalistas y los desafíos de Polonia y

hUngría, que ya hemos mencionado, si no también por los reproches hacia la unión europea por su política de acaparamiento de vacunas, que muchos argumentan, ha agravado la situación global de la pandemia, y perpetúa comportamientos segregadores, imperialistas y anti humanitarios.

En este contexto, y como ya hemos mencionado, los antiguos países no alineados han cogido mucha fuerza, China ha prestado apoyo logístico y material a numerosas naciones de África y América del sur, mejorando su posicionamiento diplomático, y han tenido que ser científicos no occidentales los que desarrollen vacunas sin patentes que puedan permitir a largo plazo la endemización de la pandemia, mientras que El primer mundo acapara vacunas incluso por encima de sus posibilidades y limitaba severamente el acceso a vacunas y medicamentos.

La falta de liderazgo norteamericano ante la pandemia, reflejo de su inclinación creciente hacia el aislacionismo, y el protagonismo chino en la respuesta indican que ningún otro Estado, más que China, tiene suficientes bazas para desafiar a los Estados Unidos y reemplazarlo como motor de la globalización. Por tanto, la primera consecuencia de la pandemia es que la competición entre ambas superpotencias se ha intensificado y se va a hacer más violenta y peligrosa a medida que los Estados Unidos sean más temerosos del sorpasso y China más consciente de su voluntad de prevalecer. Estamos ante un enfrentamiento por el liderazgo global que va a dejar de ser estrictamente comercial para adentrarse en el terreno de la ideología.

En el aspecto positivo, este cambio de paradigma político podría suponer la incorporación de las naciones del llamado sur global, especialmente sudeste asiático, África y Latinoamérica, a la primera línea de la política internacional. Así, la SI pasaría a ser más diversa, abierta y justa, pues incorporaría las voces de naciones que no han sido tenidas en cuenta más que puntualmente desde hace siglos.

Por otra parte, la dimensión global de la pandemia ha evidenciado que las problemáticas de gran alcance como esta requieren de respuestas contundentes y cohesionadas por parte de todas las naciones afectadas. Esta certeza, que se ha visto indudablemente ratificada por la experiencia en la pandemia (Si bien hay actores que disienten y siguen optando por medidas unilaterales y/o incoherentes), podría ser el impulso necesario para desarrollar planes de acción conjunta y cooperación a escala global que permitan solventar las crisis globales del futuro, tanto a nivel sanitario como a nivel medioambiental.

En general, la crisis sanitaria, así como el contexto en que se ha dado ponen interrogantes al futuro de la SI como la conocemos, y dependerá de todos los actores implicados el mantenimiento del orden mundial que impera desde la 2WW o el desplazamiento de los centros de poder, ya sea hacia China o hacia una SI cooperativa y cohesionada.